

Borges / Sábato: lecciones para la historia

Los textos de una polémica

A Abelardo Castillo y
Andrés Rivera

Me dicen que en Italia los libros
de Sábato se venden con una faja que dice:
«Sábato, el rival de Borges». Es extraño,
pues los míos no llevan una faja que
diga: «Borges, el rival de Sábato».
Él es un escritor respetable cuyas obras
pueden estar en manos de todos sin ningún peligro.

Jorge Luis Borges

Sí, nos separaron crueles ideas sobre el
destino de nuestra patria común. Por eso
me quedo mirándolo con tristeza.
Pensando en el Borges que querría rescatar:
el poeta que cantó a cosas modestas
y fugaces pero humanas:
un crepúsculo, un patio de infancia, una calle de suburbio.

Ernesto Sábato¹

I. Introducción

Es conocido por muchos que Jorge Luis Borges y Ernesto Sábato estuvieron veinte años distanciados (1955-1975), pero muy pocos conocen que dicho distanciamiento tiene raíz en el debate que sostuvieron públicamente en los años posteriores a la caída del peronismo en 1955/57. Quizá, con los años y al reencontrarse, ambos autores recapitaron sus respectivas postu-

¹ Las citas corresponden, respectivamente, a: Justo R. Molachino y Jorge M. Prieto: *En torno a Borges*, editorial Hachette, Bs. As. 1983, p. 169; Ernesto Sábato en revista *Gente*, s/n, febrero de 1975, p. 6.

² En diciembre de 1974, un escritor y periodista que frecuentaba personalmente a Borges y a Sábato, Orlando Barone, les propuso a ambos escritores reunirse a dialogar. La recopilación de esos diálogos daría por resultado un intenso libro: *Borges Sábato: Diálogos*, Emecé, Buenos Aires, 1976. Actualmente ese libro es un «inhallable» ya que sus ediciones (1976-1977), se agotaron inmediatamente. Y pese a los reiterados intentos de Barone, por negativa de quienes manejan los derechos de Borges, ese libro parece destinado a no editarse. Otro registro de esos encuentros puede encontrarse en una «producción especial» de la revista *Gente*, en febrero de 1975, en donde se reunía a los dos escritores y se señalaba, en la introducción a la nota: «Después de 20 años de alejamiento, de polémica, de palabras duras, Borges y Sábato, juntos, hablan de la vida, del país, del ayer, del hoy». Lo notable de estos encuentros es que, tanto en el libro recopilado por Barone como por la producción de la revista *Gente*, Borges y Sábato no hacen ni la mínima referencia a por qué estuvieron veinte años distanciados. Una omisión más que interesante para leer el recorrido de ciertas «tachaduras».

En marzo de 1994 apareció en Buenos Aires un interesante libro de Horacio Salas: *Borges: Una biografía*, Editorial Planeta, Buenos Aires, 1994. Éste es uno de los pocos textos que hacen referencia al debate que

ras, pero lo cierto es que, tanto Borges como Sábato, eludieron volver sobre aquella polémica².

Los textos que presentamos aquí tienen por objeto recuperar el «cuerpo» de aquella polémica y poner a disposición de los lectores de Cuadernos Hispanoamericanos las visiones de uno y otro escritor sobre uno de los períodos más controvertidos de la historia contemporánea argentina. Sin duda, estos textos enriquecerán las consideraciones que el lector tiene sobre estos intelectuales, pero además podrá apreciar, al calor de aquella polémica, los rastros literarios de uno y otro a la hora de «poner en papel» sus ideas.

En estricto orden, los sucesos:

(1) En 1955, después de que un golpe de Estado encabezado por el general Pedro E. Aramburu y el almirante Isaac Rojas derrocara en setiembre de ese año al general Juan D. Perón en ejercicio del gobierno cuando éste ejercía su segundo mandato presidencial, la revista *Sur*, dirigida por Victoria Ocampo, publica su n.º 237 (noviembre-diciembre) bajo el sugerente título: «Por la reconstrucción nacional». Como muchos otros escritores del staff habitual de la revista, Borges y Sábato escriben sus respectivos artículos: «L'illusion comique» y «Aquella patria de nuestra infancia»: [Documentos 1 y 2].

(2) En 1956, estando Borges en Montevideo (Uruguay), hace declaraciones en el diario *La Acción*, de aquel país, atacando al «régimen depuesto». Estas declaraciones merecen, en un diario argentino de procedencia progresista, Propósitos, una contraréplica de otro importante intelectual argentino: Ezequiel Martínez Estrada. A ese artículo Borges responde con su escrito: «Una efusión de Ezequiel Martínez Estrada», publicado en *Sur*, n.º 242, [Documento 3].

(3) En este intercambio de críticas entre Ezequiel Martínez Estrada y Borges se introduce Ernesto Sábato: «Una efusión de Jorge Luis Borges» [Documento 4].

(4) Borges mantendrá reservas, pero por aquel tiempo, Sábato publica y difunde un pequeño trabajo sobre el peronismo: *El otro rostro del peronismo* (1955), citado por el propio Sábato en *Ficción*, n.º 7.

(5) Borges contestará, sin mencionar ahora a su interlocutor, a esos dos artículos con su trabajo «Un curioso método», [Documento 5].

(6) El debate se cierra con un último trabajo de Ernesto Sábato: «Sobre el método histórico de Jorge Luis Borges», [Documento 6].

Los textos de esta polémica fueron extractados de la revista *Sur*, colección de la Biblioteca de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba; de la revista *Ficción*, colección de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires; de la revista *Gente*, de la Biblioteca de la Cámara de Diputados de la Nación.

Carlos Gazzera

II. Documentos

[Documento 1]

L' Illusion Comique

Por Jorge Luis Borges

Publicado en *Sur*, n.º 237, nov.-dic. de 1955, páginas 9 y ss.

Durante años de oprobio y de bobería, los métodos de la propaganda comercial y de la *littérature pour concièrges* fueron aplicados al gobierno de la república. Hubo así dos historias: una, de índole criminal, hecha de cárceles, torturas, prostituciones, robos, muertes e incendios; otra, de carácter escénico, hecha de necedades y fábulas para consumo de patanes. Abordar el examen de la segunda, quizá no menos detestable que la primera, es el fin de esta página.

La dictadura abominó (simuló abominar) del capitalismo, pero copió sus métodos, como en Rusia, y dictó nombres y consignas al pueblo, con la tenacidad que usan las empresas para imponer navajas, cigarrillos o máquinas de lavar. Esta tenacidad, nadie lo ignora, fue contraproducente; el exceso de efigies del dictador hizo que muchos detestaran al dictador. De un mundo de individuos hemos pasado a un mundo de símbolos aún más apasionado que aquél; ya la discordia no es entre partidarios y opositores del dictador, sino entre partidarios y opositores de una efigie o un nombre... Más curioso fue el manejo político de los procedimientos del drama o del melodrama. El 17 de octubre de 1945 se simuló que un coronel había sido arrestado y secuestrado y que el pueblo de Buenos Aires lo rescataba; nadie se detuvo a explicar quiénes lo habían secuestrado ni cómo se sabía su paradero. Tampoco hubo sanciones legales para los supuestos culpables ni se revelaron o conjeturaron sus nombres. En un decurso de diez años las representaciones arreciaron abundantemente; con el tiempo fue creciendo el desdén por los prosaicos escrúpulos del realismo. En la mañana del 31 de agosto, el coronel, ya dictador, simuló renunciar a la presidencia, pero no elevó la renuncia al Congreso sino a funcionarios sindicales, para que todo fuera satisfactoriamente vulgar. Nadie, ni siquiera el personal de las unidades básicas, ignoraba que el objeto de esa maniobra era obligar al pueblo a rogarle que retirara su renuncia. Para que no cupiera la menor duda, bandas de partidarios apoyados por la policía empapelaron la ciudad con retratos del dictador y de su mujer. Hoscamente se fueron amontonando en la Plaza de Mayo donde las radios del estado los exhortaban a no irse y tocaban piezas de música para aliviar el tedio. Antes que anocheciera, el dictador salió a un balcón de la Casa Rosada. Previsiblemente lo

nos ocupa: Cap. 23 «No nos une el amor sino el espanto», pp. 219 a 231. Dos imprecisiones involuntarias pueden señalarse en el libro de Salas: (1) no registra el último texto de Sabato [Documento 6], (2) equivoca la fecha del libro de Barone al ubicarlo en los primeros años de la década del ochenta (p. 231). Por lo demás, esta biografía nos parece altamente recomendable para seguir la relación entre Borges y la política.

aclamaron; se olvidó de renunciar a su renuncia o tal vez no lo hizo porque todos sabían que lo haría y hubiera sido una pesadez insistir. Ordenó, en cambio, a los oyentes una indiscriminada matanza de opositores y nuevamente lo aclamaron. Nada, sin embargo, ocurrió esa noche; todos (salvo, tal vez, el orador) sabían o sentían que se trataba de una ficción escénica. Lo mismo, en grado menor, ocurrió con la quema de la bandera. Se dijo que era obra de los católicos; se fotografió y exhibió la bandera afrentada, pero como el asta sola hubiera resultado poco vistosa optaron por un agujero modesto en el centro del símbolo. Inútil multiplicar los ejemplos; básteme denunciar la ambigüedad de las ficciones del abolido régimen, que no podían ser creídas y eran creídas.

Se dirá que la rudeza del auditorio basta para explicar la contradicción; entiendo que su justificación es más honda. Ya Coleridge habló de la *willing suspension of disbelief* (voluntaria suspensión de la incredulidad) que constituye la fe poética; ya Samuel Johnson observó en defensa de Shakespeare que los espectadores de una tragedia no creen que están en Alejandría durante el primer acto y en Roma durante el segundo pero condescienden al agrado de una ficción. Parejamente, las mentiras de la dictadura no eran creídas o descreídas; pertenecían a un plano intermedio y su propósito era encubrir o justificar sórdidas o atroces realidades.

Pertenecían al orden de lo patético y de lo burdamente sentimental; felizmente para la lucidez y la seguridad de los argentinos, el régimen actual ha comprendido que la función de gobernar no es patética.

[Documento 2]

Aquella patria de nuestra infancia

Por Ernesto Sábato

Publicado en *Sur*, n.º 237, nov.-dic. de 1955, páginas 102 y ss.

En la noche del 14 de septiembre daba yo una conferencia en un ateneo de Tucumán, nervioso y desasosegado, como estábamos todos por aquel tiempo tan lejano, como si fuéramos pasajeros de un barco al mando de un loco en medio de una tenebrosa tormenta, esperando vagas y conjeturables ayudas, tratando de penetrar, con ojos cansados de ansiosa búsqueda, en las tinieblas de la ya tan larga noche, vislumbrando o creyendo vislumbrar vacilantes lucecitas a lo lejos, comunicándonos en secreto esas creencias, cayendo mil veces de la esperanza a la desesperación, de la alegría al dolor, y volviendo en seguida a levantarnos.